

I

A ÉL SIEMPRE LE SALVARÁ LA FRIALDAD CON LA QUE APLASTA LAS MOSCAS

A este hombre de treinta y cuatro años, al que las canas le asomaron muy pronto —hace cinco—, a él, cuya mirada guarda relación con la pose de amargado, a éste, no es su ego el que le salva de caer en las consecuencias de los caprichos. Les podría suceder a otros. Lo que lo mantiene alejado de los conflictos es su desbordada paciencia ante el más grande de los desacuerdos. Jamás un ebrio lo va a sacar de quicio, nunca discutirá por un puesto en una fila; será, más bien, el educado que te dará la razón y, además, te cederá su lugar, si lo necesitas.

Ante cualquier situación, se proyecta sobre los resultados. ¿Qué pasaría si le brinda un caluroso manotazo al impertinente que le manchó la camisa con el paso aéreo de la copa recién servida en aquel bar de mala muerte? Invariablemente va a imaginar cuál sería la manera adecuada con la que debería responder a los insultos del desconocido que con tanto odio —inmerecido o quizá no— aprieta el claxon de su vehículo, a modo de apurarlo. Nunca intervendrá en una riña, aunque note la injusticia avasalladora en una eventual pelea, donde el débil es muy pequeño y el fuerte muy grande. Si de valentía se trata seguro sería el primero en responder, pero no es por valiente que ha permanecido en el anonimato, sino por la astucia con la que juega sus cartas.

¿Cuál es la posición de un optimista, que siembra un solo árbol, contra los que queman el bosque entero? Existen quienes,

motivados por dolor, venganza o maldad, prenden la cerilla que incendiará un pequeño arbusto, cuya naturaleza seca expandirá el fuego que devorará toda la selva.

Más explícita sería la enorme calma por la que no propinaría tres golpes al desconsiderado que dejó, en su paso por el baño del restaurante, un tremendo hedor y una descomposición regada; si fuese una exposición artística —esta instalación plenamente de origen natural— llevaría por nombre “completa irrigación de olores putrefactos producidos por un animal humano”. Tampoco lo verás en una lista de sospechosos por violencia familiar. No sería el típico héroe ante una violación o un flagrante maltrato. No enaltece las convenciones sociales y no defiende ningún juicio de valor determinado, salvo por interés propio.

En sus primeros años tampoco fue proclive a pertenecer a los típicos grupos de jóvenes. Ama provocar la muerte, mas no es amistoso de la violencia física; no siente celos y no es posesivo. Siempre evita la demostración de emociones, pues, para él sentir afecto genuino es debilidad. Naturalmente sí sabe cómo simular cuando tiene un objetivo a la vista. No conoce los remordimientos; después de cometer una maldad, duerme como el más santo de los seres humanos. Ha hecho todo lo necesario para camuflarse, dentro de la escala que mide la distancia, desde el asesino serial hasta el hombre común; para este último su mayor pecado sería comportarse como un amargado por culpa de la edad adulta. No hay ninguna bandera que lo defina y tampoco existe una que tenga especial significado.

Claro que se comportaría como un caballero en un momento dado. Si te encontrara en la calle, mientras tú estás frente a un escaparate, y sospechara que tienes los ojos húmedos, te

preguntaría con toda la empatía del mundo: “¿qué es lo que intentan decir tus ojos, que tu boca es incapaz de pronunciar?” Esperaría cómodamente tu respuesta, no huiría como un hampón. Te llevarías un mensaje equivocado, un concepto erróneo, una imagen distorsionada.

No vacila en sus mediciones sobre cómo triunfaría en cualquier malévolos plan. Tiene clara la fuerza de sus intenciones y la astucia de sus mañas. Ante un titubeo, lo que siempre le hará flotar y salir invicto del océano de las dudas es su inalterable pose. Nunca le verás en la lista de los más buscados. Siempre pasará desapercibido, como si no tuviera un nombre, sin un rostro. Un nacimiento que jamás sucedió. No está obligado a reivindicarse, sabe quién es y lo que es capaz de hacer y ese peso es el que sostiene su seguridad. No necesita demostrar quién es.

Los grandes hitos son acontecimientos impulsados por personajes con suerte, que encontraron el lugar correcto en la historia; en cambio hay hechos comunes que permean la realidad diáfana como el golpe constante de una gota de agua. Esos son realizados por personas que viven en silencio, sin llamar la atención. No buscan notoriedad a partir de sus rituales callados. No necesitan espectadores. Renuncian a dejar legados, aunque todos sus actos, deliberados o no, tienen ramificaciones.

Se desentiende de sus culpas como lo haría un niño de seis años al mojar la cama: sin noción de responsabilidad, sin pena alguna y despojado del cargo de la vergüenza. ¿Cuántas veces, en cualquier lugar, a cualquier hora, puede repetirse un hecho que no tiene secuelas reales?, en millones de sitios a la vez. Ninguna persona renuncia a lo que no tiene implicaciones

formales. Sin embargo, con los efectos entendidos, sólo actúan con soltura aquellos que no temen un eventual castigo.

El verdadero poder de este hombre desconocido, no deviene de su capacidad malvada de quemar un pueblo entero, aunque tenga en sus manos mil camiones cisterna llenos de combustible. Tampoco el miedo que causa, es producto de la sospecha que es un psicópata capaz de asesinar a cien personas, sin sentir ningún remordimiento. No, lo que siempre le protegerá y por lo que debería ser temido, es la intrepidez con la que lee la mente de los demás. Pocos tienen la agudeza de cazar y reducir al mínimo, con maestría absoluta. A él, siempre le salvará la frialdad con la que aplasta las moscas.